

PREGÓN DE SEMANA SANTA
Alfonso Olmos Embid
23 de marzo de 2018
Viernes de Dolores
Concatedral de Santa María la Mayor
Guadalajara



"El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres", dice el salmista recogiendo el sentir de los que, en el siglo VI antes de Cristo, volvían de la cautividad de Babilonia, y la Virgen María exclama, tras el saludo de su prima Isabel, "Proclama mi alma la grandeza del Señor". Estas citas bíblicas recogen mis sentimientos más profundos en esta tarde de Viernes de Dolores, al presentarme ante vosotros en esta concatedral de Santa María.

Es posible que al aceptar la invitación, que en su día me hizo el presidente de la Junta de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Guadalajara, para pronunciar este pregón, no fuera suficientemente consciente de la responsabilidad que conlleva. Confieso que, inicialmente, me pudo la pasión por mi ciudad y acepté con ligereza, sin caer en la cuenta del compromiso que adquiría, al tener que anunciar a mis paisanos la pasión de Cristo. Después repasé de memoria los nombres de las personas que me habían precedido en el encargo y me entró un escalofrío difícil de explicar. Aunque no es momento este de citarlos a todos, si querría mencionar, por la proximidad de su fallecimiento, la semana pasada, al escritor, historiador y etnógrafo guadalajareño, José Ramón López de los Mozos, pregonero de la Semana Santa hace solo cinco años. Descanse en paz.

Muy agradecido por la deferencia a los que me confían este encargo, así como a mi familia y amigos, y a mis feligreses de antes y de ahora, contando de antemano con la benevolencia de todos, con cierto temor pero con mucho gusto, expresaré mis sentimientos con estas palabras.

Señor obispo y hermanos sacerdotes. Señor alcalde y autoridades presentes. Presidente de la Junta de Cofradías y Hermandades de Semana Santa, Hermanos Mayores, cofrades, señores y señoritas. Soy sacerdote y periodista. Ambas son vocaciones con espíritu de servicio y tienen una finalidad semejante. La del periodista es la de comunicar hechos noticiosos y la del sacerdote anunciar el evangelio, la mejor de las noticias.

Estamos demasiado acostumbrados a las malas noticias. Se nos imponen en los propios medios de comunicación y en las profusas redes sociales, que a veces nos atrapan. Hasta en nuestras propias conversaciones parece como que el pesimismo existencial, se hubiese apoderado de nosotros y de nuestra sociedad. Pero no podemos ceder a la desilusión, porque el evangelio, la Buena Noticia de Jesús, nos invita, ante todo, a tener esperanza.

Vivimos un momento de encrucijada en lo que se refiere a la experiencia de la fe. Muchos cristianos han abandonado la Iglesia, otros aprecian más lo que el papa Francisco llama una "espiritualidad del bienestar", sin comunidad ni compromisos fraternos, que una auténtica religiosidad que propicia una verdadera vivencia de la fe, comprometida con Dios y compartida con los hermanos.

Surgen, por el contrario, expresiones de religiosidad popular muy fecundas, con muchos jóvenes como protagonistas, que hay que apreciar y que no son un ente aislado de la Nueva Evangelización, sino un instrumento maravilloso de acercamiento de los hombres a Dios, que pueden servir para fortalecer la vida cristiana, encontrar la propia vocación en la Iglesia, o experimentar la fraternidad con alegría.

Muchos de los aquí presentes, seguro que habéis vivido algún sentimiento similar en alguna hermandad o cofradía y, quién sabe, si no será, como en otros lugares de España, fuente de vocaciones de especial consagración, primordialmente al sacerdocio, de las que tan necesitados estamos actualmente en nuestra diócesis. Los que aún piensan que las expresiones de la religiosidad popular son simplemente folclore cofrade, están muy equivocados.

Las formas espirituales, litúrgicas y devocionales propias de las hermandades y cofradías son muy ricas y variadas. Estoy convencido de que estas manifestaciones religiosas mueven el corazón de muchas personas hacia Dios, y a eso en la Iglesia le llamamos conversión. Y Dios, que es paciente y misericordioso, siempre espera la vuelta de sus hijos y recoge, agradecido, el esfuerzo de unos hombros puestos bajo la trabajadera que sustenta un trono; o el de un costalero, enfajado, que sufre la carga del paso en su cuello como ofrenda; el sacrificio de unos pies descalzos soportando, como si de un cautivo se tratara, unas cadenas con grilletes; la fatiga de llevar una cruz a cuestas; el porte grave de los capataces; la cera que se derrama del cirio que lleva en su mano un encapuchado; las lágrimas; la mirada emocionada, el canto popular o el silencio del que, al ver pasar una imagen que procesiona, eleva una oración, anónima, sincera y confiada.

Semana Santa es dolor del alma y perdón de Dios, oración del cristiano y vivencia profunda de la fe desde los sacramentos y, a la vez, sonido de tambores, matracas y llamadores; marchas procesionales con la banda en la calle; paso firme y mirada al frente; hábitos; túnicas, capirotes y medallas; cruces, estandartes y faroles, olor a incienso y mucho amor cofrade.

No soy ajeno a lo que acontece cada Semana Santa en nuestra querida ciudad. Ahora, por el ejercicio del ministerio sacerdotal, los kilómetros me separan de lo que aquí sucede cada primavera, pero cordialmente sigo muy unido a lo que ocurre durante la semana grande de los cristianos, en estas iglesias y en nuestras calles y plazas.

Mis padres llegaron, como tantos otros, en los años 60 del siglo XX, de distintos lugares de la provincia a la capital. Aquí he nacido, aquí he crecido en años, y aquí también creció mi fe y mi vocación. Bajo esta cúpula de Santa María que esta tarde nos acoge, con nuestra fe o con nuestras dudas, hace casi dos décadas comprometí mi vida al servicio de la Iglesia, ante la atenta mirada aquel día de nuestra patrona la Virgen de la Antigua.

En esta iglesia he vivido muchas semanas santas sirviendo el altar, montando palios y pasos, limpiando ánforas, jofainas y candelabros, poniendo flores y alfombras. Entonces me sentía feliz de hacerlo. Hoy me siento orgulloso de ello. En las calles guadalajareñas, con recorridos mucho más austeros y menos creativos que los de ahora, pero con la misma devoción, he lucido mi capirote cubierto de un capuchón negro, con su corazón de terciopelo rojo, traspasado por siete espadas y coronado de espinas, bordado con esmero y afecto por las Carmelitas de Abajo. Por eso os entiendo, queridos cofrades, por eso valoro vuestro esfuerzo y por eso prego con gozo este acontecimiento.

Gracias al atrevimiento, al tesón y al cariño de muchas personas, de antes y de ahora, la Semana Santa de Guadalajara puede estar orgullosa de ser lo que es. Enhorabuena y gracias a todos los que lo hicieron posible y a los que seguís en el empeño de llevarlo a cabo cada año. Muchos nombres y muchos rostros en los orígenes de las cofradías, en los años de apogeo tras la guerra civil, también en los momentos difíciles del posconcilio y, especialmente, desde el resurgimiento de las hermandades, con nuevo estilo, a finales de los años 80 y principio de los 90 del siglo pasado. Muchas manos dispuestas a trabajar y muchos corazones dispuestos a poner amor superando dificultades. Así se prospera, así se construye, así se alcanzan logros importantes.

Nuestros antepasados, después de concluir el Concilio de Trento, fundaron las primeras cofradías de Semana Santa de esta ciudad, como sucedió en tantos otros lugares, prendiendo así la llama de la devoción en el corazón de muchos cristianos. Las congregaciones religiosas que antaño plagaban nuestra ciudad, en tantas iglesias y conventos hoy desgraciadamente desaparecidos, ayudaron a que esta llama no se apagara. Después de siglos, con la ayuda de los abades y de los

cofrades, esa luminaria primaveral sigue prendida y luce en nuestros días con esplendor propio.

Asomarse a la Semana Santa de Guadalajara es querer hacer un itinerario de fe. Nuestra propia vida es peregrinación teniendo clara la meta: la resurrección. Atrás quedan 40 días de desierto, 40 compromisos personales y comunitarios, 40 motivos para cambiar de vida, 40 palabras de arrepentimiento, 40 pasos dados en el camino cuaresmal.

Domingo de Ramos: ha llegado la hora de la verdad.

Ya se atisba la borriquilla por la puerta de la iglesia del antiguo convento de los Dominicos. Desde San Ginés se dirige, con Jesús montado en sus lomos, a la iglesia del Fuerte San Francisco, antigua morada de templarios y franciscanos, lugar de reposo eterno para muchos Mendoza y en donde Espronceda, en su exilio, compuso algunos de sus románticos poemas.

Ramos y palmas en día de exaltación. Jesús aclamado y rechazado, antes y ahora. Color grana que nos recuerda la pasión de Dios. Pasión actualizada en los crucificados de este mundo. Evocación litúrgica de lo que viviremos el Viernes Santo en sentido pleno.

El Domingo de Ramos, al comienzo de una semana intensa y emocionante, cabe preguntarse por nuestro seguimiento y nuestra fidelidad, por lo que implica alzar los ramos ensalzando a Cristo. ¿Seremos capaces de seguirle cuando los problemas nos acechen? ¿Tendremos bastante fuerza o suficiente fe para acompañarle cuando no terminemos de entender a Dios? ¿Podremos ser sus testigos en el mundo adverso que nos rodea?

Entre el triunfo y la pasión vivió Jesús sus últimos días. El "Hosanna", agitado y clamoroso, de la entrada gloriosa en Jerusalén, no tardará en convertirse en un violento "Crucifícalo", al que le sucederá, sin remedio, la muerte, la expiración. "Lanzando un fuerte grito expiró", dice Marcos en su evangelio. "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu. Y, dicho esto, expiró", dice Lucas. "Entregó su espíritu", dicen Mateo y Juan. Entrega silenciosa desde el trono de la cruz. Motivo suficiente para sobrecogerse.

En este día no caben más procesiones. Si acaso un sobrio traslado del que entrega la vida por nosotros. Del que expira y muere para salvar al mundo: del Cristo de la Expiración. Desde el lugar donde reposan

nuestros difuntos, desde la capilla neomudéjar del cementerio, donde descansan tantos guadalajareños ilustres y muchos de nuestros seres queridos, Cristo, prudentemente, se acerca a nosotros y lo portan, de forma solemne, pero discretamente, los que tanto saben de pasión.

El grito desgarrador, de lamento y de abandono de Jesús, con el que comienza el salmo 22, "¡Dios mío!, ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?", nos interpela al contemplar el sufrimiento de Cristo. Solo cuando seamos capaces de confiar en Dios hasta el extremo, hasta en las circunstancias más dolorosas de la vida, entenderemos estos versos trágicos y la escena de la expiración de Jesús.

Lunes Santo: tarde de misericordia.

Los que en los albores del mes de marzo besaron con unción los pies del Nazareno, llevan ahora a la calle a María con capirote dorado, símbolo de la pureza de la Virgen. La semana santa, como la historia, se va haciendo poco a poco. Todo lleva su tiempo. Es la última de las procesiones incorporadas al programa. Busca su sitio. Confío en que lo encuentre. De todos depende.

En los días en los que tantos cristianos se acercan al sacramento de la reconciliación, exponente máximo de la misericordia de Dios, María Santísima, reina y madre de misericordia, acompaña el caminar de sus hijos que desean comenzar una nueva vida. El papa, en la bula de convocatoria del Jubileo de la Misericordia, nos dice que "al pie de la cruz, María junto con Juan, el discípulo del amor, es testigo de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús. El perdón supremo ofrecido a quien lo ha crucificado nos muestra hasta dónde puede llegar la misericordia de Dios. María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a nadie". A nadie sin excepción, tampoco a los que, por su estilo de vida, puedan sentirse en ocasiones, excluidos de la sociedad o de la Iglesia: los considerados diferentes o los que tienen otra forma de pensar o de vivir.

Un mundo más humano, más cálido, más misericordioso y más justo es posible. A los que dan de comer al hambriento y de beber al sediento, a los que acogen a los extranjeros, visten al desnudo, visitan y cuidan a los enfermos o a los cautivos, "Dios" los llama "justos", porque lo que han hecho es "de justicia". La misericordia es un acto voluntario. La justicia un deber moral y social.

¡Qué contradicción! Las obras públicas son denominadas inversión de futuro y el cuidado de los más vulnerables de nuestra sociedad es, para muchos, un gasto social. Nos estamos equivocando hasta en el léxico. El alimento, la vivienda y la educación son de justicia, como lo son el deporte, el arte, el ocio y la diversión. Son justos los que cumplen la voluntad de Dios y los mandamientos y, además, la justicia es inseparable de la caridad, como tantas veces nos recuerdan Cáritas, Manos Unidas, Guada-Acoge, o cualquiera de las instituciones eclesiales dedicadas a los más desfavorecidos.

Dirijamos a María, como nos pide el papa, "la antigua y siempre nueva oración de la Salve, para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos, y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su propio Hijo Jesús".

Martes Santo: día sacerdotal y meditación del sufrimiento de Jesús por las calles de la ciudad.

Hago un alto en el camino para hacer una breve referencia a la celebración sacerdotal por excelencia de estos días, la Misa Crismal que, aunque es propia del Jueves Santo, normalmente se celebra en la mañana de este día en la catedral diocesana. Los sacerdotes renovamos los compromisos adquiridos en la ordenación de vivir unidos a Cristo y cumplir con nuestros deberes sacerdotales, siendo fieles y sin pretender bienes temporales, sino movidos únicamente por el amor a nuestro pueblo. Gran declaración de intenciones. Recuerdo de lo que escuchamos el día de nuestra ordenación: "considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor".

Además concelebramos con el obispo para manifestar nuestra íntima comunión con él. Somos convocados para ser testigos de la bendición de los óleos y cooperadores en la consagración del crisma, aceites que son utilizados después, en diversos sacramentos y acciones litúrgicas de la Iglesia. Así manifestamos, además, que somos sus colaboradores y consejeros.

Pero aquí, la noche del Martes Santo, es noche de Vía Crucis con rostro joven cargado de simbolismo. Cruz sencilla y desnuda, sin el Cristo que acompaña la vida de los creyentes diseminados por la ciudad. Salida a las periferias geográficas de Guadalajara, cruzando incluso el puente árabe del río Henares, y compromiso por vivir en salida y encuentro, con las periferias existenciales de nuestros semejantes, como nos urge el

papa: los que se sienten tentados; los escépticos; los decepcionados por lo que llaman Iglesia institución; los que con poca fe piden los sacramentos; los que prescinden de Dios o no quieren volver a Él sus ojos; los que se acercan a la catequesis sin saber hacer la señal de la cruz; los más necesitados de cariño, los que han sufrido las consecuencias de la crisis y los excluidos de la sociedad.

La cruz recorre nuestras calles cada martes santo, cargada por los jóvenes. Trono portado por braceros espontáneos. Cofrades anónimos. Fusión de la historia y la novedad. Evangelización en estado puro. Memoria del calvario que sufren tantos condenados a muerte injustamente en nuestro mundo. Recuerdo de la entrega de Cristo. El amor de Dios alcanza en la cruz su medida más alta: el amor sin medida. Si no somos capaces de entenderlo, la pasión de Jesús no dará fruto en nosotros.

Con palabras de Blas de Otero cada Martes Santo "pedimos ver la cruz más sencilla, más sencilla. Sin barroquismo, sin añadidos ni ornamentos, que se vean desnudos los maderos, desnudos y decididamente rectos.

Los brazos en abrazo hacia la tierra, el mástil disparándose a los cielos. Que no haya un solo adorno que distraiga este gesto, este equilibrio humano de los dos mandamientos".

Miércoles Santo: la esperanza es lo último que se pierde.

El verde esmeralda del manto de la Macarena Guadalajareña, la más sevillana de nuestras cofradías, quizá por el origen andaluz de su fundador, el presidente los Agentes Comerciales allá por 1950, es un consuelo permanente para los que se acercan a la recién restaurada capilla gótica de la iglesia de Santiago, fundada en 1452, por el contador del Reino y regidor de la ciudad, don Diego García de Guadalajara. Bajo esa cúpula cargada de dragones, la imagen de la Virgen espera cada Miércoles Santo a sus costaleros, para iniciar, poco a poco y con saeta incluida, su estación de penitencia. Procesión que antaño llegaba a la Prisión Provincial donde se liberaba un preso, que se unía al cortejo, tras vestirse con el hábito de nazareno. Acompaña a María Santísima Nuestro Padre Jesús de la Salud. La escena de la flagelación del Señor es recuperada así en la iconografía de nuestra Semana Santa.

La entrega exige sacrificio. Jesús es azotado sin compasión y no se queja. Nosotros también nos encontraremos en la vida, de una forma u

otra, con dificultades y contradicciones que nos golpearán por fuera o por dentro. ¿Qué actitud podemos tomar? ¿La rebeldía? ¿El reproche a Dios? ¿El desánimo? ¿El abandono? Suelen ser nuestras tentaciones diarias cuando acude a nuestra vida la desesperación, el sufrimiento, la enfermedad o el dolor.

Pidamos la salud del cuerpo y del alma. Danos esperanza Madre nuestra. Enséñanos a hacer de las incomodidades, de los problemas, de las enfermedades crueles que nos tocan de cerca, de los reveses de la vida, una forma de crecer y de amar sin condiciones.

"La esperanza no defrauda. ¡El optimismo defrauda, la esperanza no!" Con estas y otras palabras semejantes nos reconforta el papa Francisco: "esperar significa e implica un corazón humilde y pobre. Solo un pobre sabe esperar. Quien está lleno de sí y de sus bienes, no sabe poner la confianza en nada ni en nadie, sino en sí mismo". No perdamos la esperanza.

Jueves Santo: el día de la entrega.

Día grande. Día de fiesta. Día sacerdotal. Día eucarístico y de amor fraternal. Repican las campanas al canto del gloria. Se hacen vistosos monumentos. La entrega de Jesús es protagonista. En mi retina grabado el lavatorio de los pies, expresión del Jesús que vino a servir. Gesto elocuente que en esta iglesia de Santa María evoca cada año la cofradía de los Apóstoles, con más de cinco siglos de historia, y que en la cercana parroquia de Santiago, repiten también los miembros de la cofradía de la Pasión.

Guardo con cariño en mi memoria la tarde del Jueves Santo, con la visita a los monumentos que en cada iglesia se levantan para poder adorar al Santísimo, acompañando a los apóstoles con sus capas castellanas, rezando las siete estaciones a Jesús Sacramentado. Vivas a Cristo que nos ama y queremos que por siempre sea amado. Estaciones que son recuerdo de las paradas que hizo Jesús en su camino hasta el calvario.

Desde el Cenáculo a Getsemaní, donde fue apresado. Desde el huerto hasta la casa de Anás, donde fue interrogado y recibió una cruel bofetada. Desde allí a la de Caifás, donde fue escupido y ultrajado. De allí a casa de Pilato, el gobernador romano, donde fue acusado por los judíos con muchos falsos testimonios. Allí emprendió su camino al palacio del rey Herodes, donde fue humillado por él y toda su soldadesca. De vuelta a casa de Pilato, donde fue azotado, coronado de

espinas, escarnecido y condenado a muerte. De casa de Pilato al Calvario llevando a cuestas la cruz en la que fue crucificado.

El Jueves Santo es día de arresto y prendimiento. Ya se vislumbra la pasión. A la tarde sale a nuestro encuentro Jesús Nazareno, erguido y maniatado, sobre un tapiz de claveles rojos, y bajo la atenta mirada de la Trinidad barroca, que preside la portada de la iglesia de San Nicolás.

La talla de Jesús de Medinaceli, es venerada en la capilla que Don Pedro Sanz Vázquez fundó, en memoria de su madre, para albergar la imagen cuya cofradía matriz se encuentra en la iglesia de los capuchinos de Madrid. Cristo en pie dando la cara: sereno y absorto a la vez. Jesús con las manos atadas, como tantos hombres que viven el temor del estigma de la falsa acusación del maltrato: con las manos atadas, por miedo a perder a unos hijos, a los que aman con todo el corazón.

Es el Jesús entregado a la suerte, de los que no son capaces de entender ni de acoger su mensaje de amor, y ven en Él un obstáculo y un inconveniente.

De nazareno y oro sale Jesús a las calles y a las plazas a dar la vida por amor. A jugarse la vida por nosotros, que tantas veces, cegados por la ambición y el prestigio, hemos entregado cruelmente a nuestros hermanos los hombres, siendo cómplices del sufrimiento de muchos inocentes. Jesús, te pedimos perdón.

Se nos echa encima el silencio de la noche. A las once en punto, tras el abrazo de hermandad de sus cofrades, Nuestro Padre Jesús de la Pasión cruza la puerta de Santa Clara, salvadas las dificultades extremas, que hacen más angustiosa la escena.

Alguien ha colocado la cruz sobre los hombros de Jesús. La cruz se ha pasado de moda. Nadie quiere cruces en el estado del bienestar. Pero las cruces nos llegan sin pedir permiso. Él sufre pero soporta el dolor. Como tantos hombres y mujeres de hoy.

A Jesús le duele la cruz: le duelen nuestras debilidades, nuestra infidelidades, las injusticias del mundo, la violencia, el terrorismo, la explotación de los débiles, los abusos sexuales, las separaciones de los que se amaron, las guerras, la trata de mujeres, la pobreza y el hambre, le duelen los muertos en las pateras, en las carreteras o al borde de los caminos de la vida.

Son los sufrimientos de la humanidad. Es fácil compartir las alegrías y los éxitos de nuestros semejantes. Lo difícil es estar cerca del que padece. La indiferencia se ha apoderado de nuestros corazones y nos

hemos vuelto insensibles ante las cruces de nuestros hermanos. Aliviemos las cargas de los otros y pidamos ser aliviados de nuestras cruces pesadas.

Ten piedad, Señor, de nosotros. Ten piedad como la tuvo tu madre contigo, sufriendo los dolores de tu pasión. Una imagen conmovedora: la madre deshecha en lágrimas y a su amparo el hijo deshecho por las heridas mortales de la cruz. Si Dios no hubiera estado con ella, no podría seguir viviendo. Y como testamento el amor.

Decía la madre de Gabriel Cruz, el niño cuya desaparición y asesinato han conmocionado a España en estos últimos días: "están apareciendo muchos mensajes pidiendo muerte o maldad. Entiendo que estas personas tienen la misma rabia que yo dentro, pero que lo usen para pedir bondad en el mundo". Impactante y conmovedor.

Las mujeres sabéis de compasión y de misericordia, sabéis de sufrimiento, de dolor y de piedad, por eso cargáis con ella el Jueves Santo. Por eso sois protagonistas de esa trágica pero emotiva escena: Cristo descansa en el regazo de una mujer transida de dolor, y vosotras sois su trono. Trono de esa Piedad que, a diario, es custodiada en el santuario de nuestra patrona, la antigua iglesia de Santo Tomé.

Mientras tanto otra mujer que camina en el cortejo, la Verónica, hace lo que nadie se atreve a hacer: limpiar el rostro de Cristo. Venció su miedo, se abrió paso con decisión, y limpió el sudor y la sangre de Jesús. Menos mal que siempre hay algún valiente capaz de dar la cara, de enfrentarse a los malos, aun a costa de su propia vida, como Ignacio Echeverría, el tristemente conocido como "héroe del monopatín", de los atentados de Londres del año pasado. Gracias, Señor, por los valientes.

Viernes Santo: Jesús muere en la cruz.

Es la duodécima estación del Vía Crucis. De ese vía crucis que al inicio del viernes santo sube hasta la cárcel. Es momento de contemplación. Miremos sus manos y sus pies traspasados, la lanzada de su costado y su cabeza coronada de espinas. Miremos a Cristo e irradiemos el amor y la paz que Él nos regala.

Amor y Paz fueron los nombres elegidos por los feligreses de San Ginés para su Cristo. Amor y Paz que tanto necesita el mundo. Amor y Paz simbolizado en el blanco y el rojo de sus cofrades. Amor derramado el de la Beata Teresa del Niño Jesús, carmelita descalza mártir, hermana de D. Julián, el impulsor de la cofradía, y paz sobrevenida tras su

testimonio de fe antes sus verdugos. Su reliquia procesiona ahora junto a aquél por el que dio la vida. Los dos tuvieron su viernes santo particular.

Jesús cumple su promesa. Es coherente. Lo entrega todo. Después de escuchar las siete palabras: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"; "Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso"; "Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre"; "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado"; "Tengo sed", "Todo está cumplido" y "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", solo podemos confesar que Jesús es Dios, contemplando al Crucificado en los crucificados de hoy. También en los ancianos, crucificados por la soledad o el olvido de los suyos, crucificados por el deterioro físico, la falta de memoria, o la repetición de sus historias hasta la saciedad. Jesús los visita, con inmensa ternura, durante su recorrido mañanero en la puerta de la residencia de las Hermanitas.

Es día de recogimiento. Es momento de reconocer nuestras culpas y rezar como sus costaleros bajo el paso, o cantar con ellos con devoción: "pongo en tus manos mis culpas, oh Señor, estoy seguro de que eres siempre fiel, dame las fuerzas para poder andar, buscando en todo hacer tu voluntad".

La mañana es intensa. Cristo se encuentra con su madre, que le espera en el Jardinillo, con lágrimas en los ojos. Se ha quedado sola. Solo tiene ya el consuelo de la gratitud, que es la memoria del corazón. Cristo mismo es el Consuelo que le queda a la Madre triste. Ahora Cristo, su único consuelo, la acompaña en su camino.

La antigua y secular cofradía de la Soledad, fundada para asistir a pobres y enfermos, que tuvo ermita propia en el Paseo de las Cruces, ha sido espectadora y protagonista de las barbaries de la historia. Desapareció la ermita, la carroza de plata, los pasos que la acompañaban y la imagen, pero en ningún caso la devoción. No más guerras. No más destrucción. No más enemistades. No más odio. Es lo que le pedimos al Cristo del Consuelo, de la iglesia de El Carmen, el más besado de Guadalajara. Desgastados sus pies por tantos pénitentes a los que los franciscanos han devuelto el consuelo y la paz, mediante el perdón sacramental, durante su estancia de siglos en nuestra ciudad. Para ellos, ya en la lejanía, nuestro agradecimiento.

La puerta grande de Santa María, la puerta mudéjar de herrería de las grandes ocasiones, se abre el Viernes Santo con dolor. Sale el cortejo fúnebre: es el Santo Entierro. Es la Procesión del Silencio.

Bajo palio la Dolorosa, experta en sufrimientos. "Una espada te traspasará el corazón", le anunció el anciano Simeón a María el día de la presentación de su hijo en el templo. Una espada convertida en Siete Dolores: la propia profecía del día de la circuncisión, la huída a Egipto, la pérdida del niño en el templo, el encuentro con su hijo en la Vía Dolorosa, la crucifixión, el descendimiento y el entierro de Jesús.

Dolor de la humanidad bajo palio. Manto negro de madre enlutada por la pérdida del fruto bendito de su vientre. Como tantas que no terminaron de levantar cabeza tras la más triste de las noticias: la muerte de un hijo. O las que lo perdieron antes de nacer. O aquellas a las que se los arrebataron sin piedad. Ilógico y antinatural humanamente hablando. Aflicción insuperable. Desgarro atípico del corazón. ¿Nos sentimos solidarios con el dolor de María? ¿Sufrimos con las dolorosas de nuestro tiempo? Mujeres apaleadas o pisoteadas, humilladas o explotadas de muchas maneras. O doloridas, quizá, por el rechazo de unos hijos que, arrastrados por el estrés que generan las obligaciones diarias, esa es la excusa, no encuentran ni un minuto para dedicárselo a la que los llevó en las entrañas, y los cuidó con ternura infinita.

Junto a ella camina el paso de la Quinta Angustia, que tuvo cofradía en la ciudad por el siglo XVI: "Junto a la Cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás, y María la Magdalena". Este paso del Calvario completa la estación de penitencia, con otra dolorosa barroca de las Carmelitas de San José.

Esta angustia de la Virgen es la expresión de un amor fiel e incondicional, especialmente en los momentos más difíciles. Cuando todos se han ido. Cuando no queda nadie. Es permanecer junto al otro cuando las cosas no le van bien, cuando crecen las dificultades y cuando todos tienden a escurrir el bulto. Es un amor generoso y compasivo. "Ahí tienes a tu Madre" le dice Jesús desde la cruz a Juan y, en el discípulo amado, nos lo dice a todos. Ahí tienes a tu Madre María: de la Misericordia, de la Esperanza, de la Piedad, de la Soledad, de los Dolores.

Muerto Jesús, desnuda su cruz sobre el Gólgota, solo queda su sepultura. Cristo Yacente en el Santo Sepulcro. Hay que buscar un lugar seguro para el cuerpo del crucificado inerte, encargado por los excombatientes a Fernando Cruz Solís en 1943. Ahora no hay que excavar un sepulcro en la roca. Pero sí podemos ser testigos de la solemnidad del traslado de la imagen, por los que antiguamente fueron Caballeros Cruzados, y hoy son cofrades desde la refundación de la

hermandad. Silencio fúnebre en el tránsito de la hornacina al paso y del paso a la hornacina. Triste velatorio. Emoción que sobrecoge.

Estos encapuchados sin capirote, con hábito franciscano negro, cruz de Jerusalén y capa roja, llevan a Cristo en sus brazos, en sus hombros y en su corazón. Nos lo muestran por las calles marcando el paso, al ritmo de los tambores y de las dulzainas típicas de nuestro folclore popular.

Todos hemos perdido algún ser querido ¿recordáis ese momento? ¿recordáis el dolor de la separación? Ya no podremos tocar, mirar, abrazar, besar, sonreír y disfrutar con los que tanto amamos. Nos queda el recuerdo agradecido de su vida. Nos queda la memoria. Y, como en este caso, nos queda la esperanza de la resurrección.

Muchos nos decimos cristianos pero dudamos, tenemos miedo, no vemos claro el camino, ni la meta. Ni dejamos traslucir, muchas veces, con nuestra vida, a aquel en quien decimos creer, porque eso nos exige renuncia y sacrificio, y no está de moda, ni es políticamente correcto. Dios es amor, y en la entrega de Jesús se manifiesta ese amor que nosotros tendríamos que testimoniar también con afecto, ternura, perdón, misericordia, compasión, generosidad, júbilo y fraternidad.

Y al tercer día resucitó.

El sepulcro vacío es la señal. Cristo no está en el sepulcro. Cristo ha resucitado. Cristo se encuentra con la Magdalena, y con Pedro y el otro discípulo, y con su madre María en un encuentro dichoso y feliz, también representado en nuestras calles en la mañana de Pascua.

Cristo ha resucitado. Cristo vive entre nosotros. En palabras del teólogo alemán, Karl Rahner, cuyo pensamiento influyó decisivamente en el Concilio Vaticano II:

"la tierra se ha llenado de luz,
huyen las tinieblas que cubrían el orbe entero.

Jesús había venido hacia nosotros
y había vivido como viven los hombres.
Los hombres lo destrozaron con sus propias manos
y su vida desembocó en la muerte.
Pero Dios hizo lo imposible:
en este día, El resucitó para nosotros,
desarmada y muerta quedó la muerte.

Y ahora está aquí.
Está aquí como el primer día.
Está aquí, entre nosotros, igual que el primer día,

eternamente aquí todos los días.

Si resucitó no fue para marcharse
dejando tras de Sí un vacío sin esperanza.

Pascua es la señal externa del fuego interno
que recorre las entrañas de la tierra.
En la superficie, sin embargo, todo ha quedado igual:
el mal continúa marcando el rostro de las cosas,
y nosotros, tomando la apariencia por realidad,
creemos que el amor está muerto.

Cristo está presente en el corazón de la historia.

Lo que hoy os anuncio con palabras
anunciadlo vosotros con la vida.
Yo os anuncio la buena, buenísima noticia,
mucho más importante que todas las noticias escritas en la prensa.

Pero, en fin, ya sé lo que muchos estás pensando:
Ninguno de nosotros hemos visto a Jesús, el Señor resucitado.
No tocamos sus manos,
ni metimos la mano en sus heridas.
ni jamás se ha aparecido en nuestra casa.
... sin embargo, después de tantos años
creemos su palabra y su promesa:
creemos que Él ha resucitado
y está vivo entre nosotros.

Yo os invito a celebrar la vida.

¡Celebremos la vida, celebremos la Resurrección!

Les deseo una muy provechosa Semana Santa y una muy feliz Pascua de
Resurrección a todos. Muchas gracias por su atención.